

R E C E P C I O N

del nuevo académico

Ing. Agr. José María Bustillo

(Discurso del Dr. Joaquín S. de Anchorena y conferencia
del Ing. Agr. José María Bustillo. "Problemas
de Radicación Agraria")

Sesión extraordinaria del 28 de julio de 1943

E R R A T A S

PAG.	LINEA	DICE	DEBE DECIR
10	17	Problemas de Producción agraria	Problemas de Radicación a
13	40	cifra sideral de mil millones	cifra sideral de ocho mil m
16	3	auspicio decidido de un gobierno	auspicio decidido de su go

BUENOS AIRES

1943

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

1941 - 1943

MESA DIRECTIVA

PRESIDENTE Dr. Juan N. Murtagh
VICEPRESIDENTE „ Joaquín S. de Anchorena
SECRETARIO GENERAL . „ José R. Serres
SECRETARIO DE ACTAS „ Luis Van de Pas
TESORERO Ing. Agr. Miguel F. Casares

ACADEMICOS DE NUMERO

Ing. Agr. Dr. Tomás Amadeo
„ „ José María Bustillo
„ „ „ Angel Cabrera
„ „ „ Ernesto Cánepa
„ „ „ Agustín Candiotti
„ „ „ Ramón J. Cárcano
„ „ „ Franco E. Devoto
„ „ „ Julián Frers
„ „ „ Leopoldo Giusti
„ „ „ Daniel Inchausti
„ „ „ Arturo Lanusse
„ „ „ Pablo Lavenir
„ „ „ Tomás Le Breton
„ „ „ Carlos Lizer y Trelles
„ „ „ F. Pedro Marotta
Gral. „ José Morales Bustamante
Ing. Agr. „ Lorenzo R. Parodi
„ „ Federico Reichert
„ „ Francisco Rosenbousch
„ „ Federico Sívori
„ „ César Zanolli

ACADEMICOS HONORARIOS

Dr. Vallé Henry, Dr. Finzi Guido, Dr. Jenzen Orla, Dr. Keesom M. H., Dr. Cordón Ordás Félix, Ing. Agr. Ricard José M., Dr. Sanz Egaña Cesáreo, Coronel Dunlop Young, Dr. Martinoli Cayetano.

ACADEMICOS DE NUMERO FALLECIDOS

Barbará Berlamino, Demarchi Alfredo, Güiraldes Manuel J., Lahille Fernando, Lavallo Francisco P., Montanari Moldo, Pagés T., Quevedo José M., Gallardo Angel, Schatz Ricardo, Ligniéres José, Torino Damián M., Ramos Mejía Exequiel, Girolano Carlos D., Botto Alejandro, Dr. Bossi Virgilio.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL INGENIERO AGRO-
NOMO D. JOSE MARIA BUSTILLO EN EL ACTO DE SU
RECEPCION A LA ACADEMIA NACIONAL DE AGRONO-
MIA Y VETERINARIA, REALIZADO EL DIA
28 DE JULIO DE 1943

Señor Presidente,
Señores Académicos,
Señoras,
Señores:

Este acto, de por sí trascendente, reviste para mí importancia extraordinaria. La Academia de Agronomía y Veterinaria me concede un honor que es la coronación de una vida profesional.

Se realiza en el local de la Sociedad Rural Argentina, institución a la que estoy hondamente vinculado, uno de mis abuelos, don Francisco Madero fué fundador, y en más de 30 años que llevo de socio activo he podido apreciar los fundamentos del sólido e indiscutible prestigio de la Institución y al ocupar hoy, con orgullo, su presidencia, y al conocer, más a fondo la eficiencia cultural de su organización, me obliga a multiplicar el esfuerzo, para no desentonar con mis brillantes predecesores. Para que no quede en mi espíritu ninguna fibra sin conmoverse, honrándome, hace mi presentación el Dr. Joaquín S. de Anchorena que, el sólo nombrarlo es, para mí, toda una evocación de sentimientos y de gratitud. Me tendió la mano para iniciarme en las actividades públicas y hoy me ayuda con sus generosas palabras a trepar este peldaño. En esos primeros días ratificó ejemplarmente en mi espíritu criterios hogareños que, si por dificultades del ambiente político, me acarrearon,

a veces, contrariedades y desengaños, me proporcionaron en cambio, la enorme satisfacción de no sentir jamás reproches de conciencia en el cumplimiento de deberes cívicos y sociales.

Recuerdo siempre, como timbre de honor, haber actuado cuatro años con el Intendente Anchorena, y cuando veo las muchedumbres transitar en las magníficas avenidas diagonales, los ensanches de Santa Fe, Corrientes, Avda. Alvear, parques, etc., y cuando veo clases trabajadoras viajar en los subterráneos, que funcionaron entonces con indiscutible financiación, cuando veo barrios densamente poblados, donde existían barriales o donde se quemaba al aire libre la basura, o cuando veo a las modestas dueñas de hogar, con la canasta al brazo, acercarse a las ferias francas, me digo: no todos los que pasan saben, como yo, el carácter y energía que han sido necesarios para ponerle el hombro a obra tan gigantesca, en medio donde el temor a la responsabilidad inhibe la acción y alienta la crítica. Es sensible que deficiencias de las prácticas políticas no permita siempre utilizar, para el progreso nacional, valores tan efectivos y desprovistos de fátuas vocinglerías. Dr. Anchorena, os agradezco desde el fondo del corazón palabras que ha dictado la amistad.

El honor que se me discierne, es el más alto al que podemos aspirar profesionalmente. Tan lo considero así, que se reavivan los recuerdos de mis primeros estudios en la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Nación, que iniciaba también con nosotros su vida universitaria, creada por iniciativa de estadistas clarovidentes, con el concurso de un cuerpo de profesores que honraron la enseñanza con su sabiduría, y que con ejemplar dedicación supieron inculcar, en el corazón de sus alumnos, sentimientos de profunda gratitud, que es un placentero deber evocarlos, al escalar la encumbrada posición que tan generosamente me ofrecéis. No merezco el honor, por intrínsecas condiciones personales, pero interpreto que se ha querido reconocer un esfuerzo al servicio de todo aquello que haya podido propender al progreso de la agricultura y de la ganadería —fuentes de bienestar de la Nación, no siempre debidamente apreciada en su preponderante valor económico y social—. Anotemos al pasar que más de las dos terceras partes de la población le son tributarias. No sólo constituyen la base de la vida material, sino que, en una acertada organización, son los frenos reguladores de una inteligente evolución colectiva.

No llegan a este ambiente de meditaciones científicas o filosóficas, las pasiones que dividen a los hombres. En la labor metódica

ca y silenciosa de la Academia, se alienta el espíritu de investigación, y se estimula el trabajo de los que se consagran al estudio de problemas que puedan significar un progreso material y espiritual.

Valoro el honor que significa el cargo académico, lo agradezco profundamente, y no encuentro mejor manera de retribuirlos, que consagrándome al cumplimiento de obligaciones que enaltecen. Es un nuevo hogar intelectual, donde el espíritu se recoge fortalecido por la experiencia y se estimula con el contacto de personalidades que brillaron en la docencia y en actividades públicas, de positiva significación.

ING. AGRONOMO PEDRO T. PAGES

Señores Académicos: Por resolución de vuestro digno cuerpo ocuparé el sitio del Ing. Agr. Pedro T. Pagés, a quien conocí, y a quien he visto dedicarse infatigablemente a la organización agropecuaria del país. Fué de los primeros agrónomos de la Escuela de Santa Catalina, escuela que tenía geográficamente una tradición agrícola, pues ahí se inició una colonización a base de granjeros británicos, proyectada por Rivadavia y que significó la incorporación al país, de valiosos elementos de progreso rural.

Pagés, profesionalmente, venció al excepticismo reinante, impuesto por la rutina. Ayudado por sus conocimientos agronómicos adquirió, en la práctica, una eficiencia que se tradujo en la innovación de los métodos de trabajo y un mejor régimen económico en la explotación.

Conociendo Pagés la importancia de la selección ganadera, consagró sus esfuerzos a la formación de su cabaña "La Josefina", obteniendo sus productos importantes recompensas en las exposiciones a donde concurrieron. Crisis económicas, ajenas a su acción personal, pusieron a prueba su perseverancia. Debó experimentar, por cierto, verdadera amargura, cuando las circunstancias le obligaron a liquidar las 800 cabezas de pedigree Shorton, reunidas en muchos años de infatigable dedicación. En este sentido, Pagés corrió la suerte de tantos cabañeros argentinos, que han enriquecido el patrimonio nacional, pues mejorando la calidad de los ganados, conquistaron para el país una posición preponderante entre los mercados mundiales.

Desgraciadamente el Ing. Pedro Pagés, al igual de muchos otros, fué arrastrado a la política, que a veces, malogra esfuerzos bien intencionados, desvía energías que estarían mejor empleadas en muchas actividades de positiva utilidad social. Desempeñó cargos públicos de importancia, como ser: Diputado Nacional, Ministro de

Obras Públicas de Buenos Aires, y en todos ellos, se caracterizó por iniciativas tendientes siempre al progreso agropecuario. Actuó también en la Comisión Directiva de la Sociedad Rural Argentina y tuvo el honor de presidirla en los períodos de 1922-1924, siendo reelegido hasta 1926. Durante esta última actuación, le correspondió presidir el Congreso Ganadero del Río de la Plata, al que concurrieron representantes de países vecinos, y donde se trataron cuestiones que repercutieron favorablemente en la defensa continental de la producción.

Podrá haberse discentido con opiniones del Ing. Agr. Pedro T. Pagés, pero cualquiera que hayan sido, equivocadas o no, tendrá siempre que reconocerse su incansable preocupación por el progreso agrario argentino y fué tan efectiva su acción, que esta Academia, a donde no llegan las pasiones —como acabo de decirlo—, lo incorporó a su seno, rindiendo justo homenaje a su labor profesional.

PROBLEMAS DE PRODUCCION AGRARIA

Cumpliendo con lo que es tradición en estos actos, deseo ocuparme de los problemas de la población agraria, en sus relaciones con la producción y el futuro social. Reconozco que es arduo y difícil el tema, y me mueve únicamente el propósito de aportar una colaboración más —aunque modesta— a un estudio que requiere la más vasta información.

Somos un país de escasa población inorgánicamente distribuída. El crecimiento vegetativo es débil. La inmigración está detenida desde hace varios lustros, tanto por la caída de los precios en los productos agrarios, como por la convulsión en que permanentemente vive Europa desde hace 25 años, reteniendo artificialmente la emigración, con orientaciones de erróneo o exagerado nacionalismo, que han engendrado, sin duda alguna, la conflagración actual.

La inmigración que hasta ahora hemos recibido, no ha solucionado sino en parte nuestros problemas. Se trataba, en su mayoría, de buenos trabajadores manuales, sin capital, de rudimentaria educación e inhabilitados, salvo raras excepciones, para orientar a sus propios hijos. El analfabetismo es su más visible derivación. De ahí la conveniencia, como lo han hecho otros países en igualdad de circunstancias, de reglamentarla, para cuando se reanude, la interrumpida corriente.

Como asunto inmediato, interesa fundamentalmente considerar el desequilibrio entre la población rural y la urbana. En el año 1869, la población rural representaba el 67 %, calculando como urbana

toda población superior a los 1.000 habitantes. En 1938, sólo alcanzaba al 26 %, y es posible que esté, en el momento actual, aun más reducida. Para darnos una idea de la gravedad del guarismo, veamos que Estados Unidos, país de extraordinaria potencialidad industrial, el 44 % es población rural; Italia, el 38 %; Canadá, el 46 %; Francia, el 31 %; Dinamarca, el 61 %, etc., etc. Inglaterra es uno de los pocos países del mundo que se encuentra en una situación semejante, y le asigna tal importancia, que no obstante el pavoroso conflicto en que se encuentra, ha designado una comisión constituida por los mejores expertos, para planear soluciones a lo que se considera, con justa razón, el más urgente problema de la post-guerra.

No deben interpretarse estas cifras como que la población rural ha tenido una caída vertical, sino que nuestras grandes ciudades absorben, casi totalmente, el crecimiento vegetativo y migratorio y por consiguiente, crecen desproporcionadamente, impidiendo una distribución más equilibrada.

Las causas son universales, tanto de carácter económico, como de carácter social. En esta absorción son los jóvenes entre 18 y 25 años los más atraídos. No lo hacen porque haya desaparecido su amor a la vida rural. Cuando llega el momento, sufren moralmente al tener que abandonar el ambiente en que crecieron. La ciudad les ofrece facilidades de trabajo y posibilidades de progreso individual. Son mayores los salarios y, el descanso, mejores los halagos. No voy a enumerar todas las ventajas que resultan de la comparación. Todos sabemos que es permanente la preocupación de todas las autoridades públicas de abaratar la vida urbana, sanear las viviendas, mejorar los hospitales y las escuelas, y de hacer accesibles, las más variadas diversiones. El campo, que lo nutre todo, recoge, de vez en cuando, las migajas del banquete y suscita especialmente, el interés circunstancial y perturbador de los que hacen de la agitación política lucrativa actividad...

Los padres de estos emigrados, quedan en el campo con la idea de seguirlos, obcecados con la preocupación de que sus hijos más pequeños no tendrán tampoco, mejores perspectivas. Escuelas por su ubicación, rurales, pero de difícil acceso y proporcionando enseñanzas que no son propiamente campesinas. No los preparan para el ambiente y la vida que han de llevar. Deberían adaptarse más eficientemente esas escuelas a las conveniencias económicas y sociales de medio rural, y en la confección de los programas, con permiso de la pedagogía, podría dárseles más intervención a los que tienen oportunidad de comprobar, en la experiencia, las deficiencias de esa educación, para que el niño pueda aplicar, de inmediato, enseñanzas útiles. No siendo así, el excepticismo cunde

y la lucha contra el analfabetismo se hace más difícil. ¿No sería posible, con una enseñanza adecuada y oportuna, orientar esa corriente emigratoria y juvenil, hacia el artesanado rural, fomentando industrias locales por todos los medios posibles, creando nuevas y reteniendo, con estímulos, a los que también quieren alejarse, siguiendo la huella rastreada por la esperanza? No quiero insistir más sobre este aspecto que no escapa a la observación más superficial.

VIVIENDA E INDUSTRIA RURAL

En el problema de la radicación, la vivienda rural debe merecer también una especial atención, tanto por su costo moderado, como por la forma de pago, para que sea accesible su adquisición aún para los más modestos agricultores, que por insuficiencia de capital, trabajan hoy tierras ajenas. Se tenderá así, a la radicación de la población rural, que debe traer aparejada el desarrollo de la industria local, que también ha sido absorbida por la concentración industrial de las ciudades, unas veces por motivos de racionalización económica, y otros, por combinaciones financieras de trustificación. Algunas fábricas que se iniciaron en el campo manipulando materia prima local, en cierto período de su desarrollo, desaparecieron o fueron trasladadas a las grandes ciudades, porque no podrían, por razones de flete y otros factores, compensar las ventajas de la concentración.

Han emigrado de las zonas trigueras los pequeños molinos, cuyas harinas, en ciertos "momentos estratégicos", resultaban de costo superior a la que llegaba desde afuera. Otras industrias de la fruta, la leche, etc., por razones parecidas, o por la acción equivocada de los poderes públicos, siguieron el mismo camino. En países de Europa, de población mejor distribuída, esas industrias han sido bien defendidas y fomentadas, como lo comprueba el viajero observando, en pequeños puertos fluviales, o en estaciones de ferrocarril, productos industrializados por los propios campesinos. Está también desapareciendo la industria familiar de las provincias de norte. El poncho, las matras, cojinillos, etc., se venden en las calles de Buenos Aires fabricadas por máquinas perfectas, inutilizando al modesto artesano criollo y rural, que creó la industria hogareña y que careció del oportuno amparo.

Insensiblemente se está conspirando contra los intereses del campo. Hasta las cabañas o haras ganaderas —que han conquistado en el mercado, sólida posición y utilizan mucha mano de obra—, son hostilizadas por la legislación impositiva y no sería difícil que

mañana, con la fecundación artificial, resulte más conveniente tener toros o padrillos en los corralones, y fecundar desde ahí vacas y yeguas en el Estrecho de Magallanes, o en el Canal de Panamá.

COLONIZACION Y ARRENDAMIENTO

No debemos enorgullecernos de poseer una de las ciudades más pobladas del mundo, sino avergonzarnos de que no hayamos llevado al campo, una acción más orgánica de conveniencia social.

Nos quedamos muy satisfechos cuando atribuimos al latifundio, las causas de la situación. Son, en realidad, más complejas. Creciendo la población, desaparecen las propiedades grandes que tanto preocupan, pero la simple división geométrica, no mejora la situación señalada, mientras los hijos de esos pobladores —propietarios o no—, no encuentren mejores alicientes para no emigrar. Las más recientes estadísticas de los países más adelantados, acusan en los últimos años, una disminución en el número de propietarios rurales, y el crecimiento del número de arrendatarios o aparceros. La explicación más aceptable proviene del mejor rendimiento que obtiene el pequeño capital movilizad.

Son innumerables los proyectos y aun leyes de arrendamiento y colonización, concebidas en un loable esfuerzo de mejoramiento de la sociedad agraria. Las leyes nacionales y provinciales últimamente sancionadas, demuestran progreso en la técnica y su aplicación proporcionará valiosos elementos de juicio, pero luego habrá que abordar con valentía, el problema integral. Hasta hoy, por causas financieras, han tenido campo de acción demasiado restringido. Según estadísticas oficiales, existen en el país, 197.179 arrendatarios y, si calculamos, que se requieren 200 hectáreas como término medio por núcleo familiar, sería necesario para estabilizar esa población 40.000.000 de hectáreas.

Tenemos bajo cultivo, 30 millones; 124 millones utilizados en pastoreos. Se estima que resueltos algunos problemas técnicos, son 80.000.000 las tierras aptas para el cultivo, sin mencionar la explotación ganadera. No es pues la tierra lo que escasea. Es imposible hacer propietarios a todos los arrendatarios. Por otra parte, hay muchos que no desean serlo, otros carecen de capacidad y aptitudes morales para estabilizarse. En el mejor de los casos, podrían radicarse un 30 ó 40 %.

Pero si a esas 40.000.000 que requiere la radicación, le asignamos, calculando bajo, un valor de \$ 200. —la hectárea, llegamos a la cifra sideral de mil millones de pesos —que a un interés del 3 % y si se hiciera con una amortización del 3 %, se requerirían

22 años para extinguir la deuda hipotecaria—. En realidad, como se trata de la estabilidad, durante ese tiempo se habría logrado, pero la propiedad absoluta es de perspectivas remotas, con el agravante de que en ese plazo tan largo, pueda presentarse el problema de la herencia, con las consecuencias anti-económicas de minifundio inexplorable. Dentro de esas cifras podrán radicarse, en el mejor de los casos, 500 familias por año. Las colonias así fundadas, actuando eficientemente el actual Consejo Agrario Nacional, tendrán especialmente un valor cultural, sirviendo de ejemplo a las colonias bajo la propiedad privada, que son remisas en la incorporación de mejoras, o que no proporcionan a los agricultores, la enseñanza o asesoramiento técnico beneficiosos para una explotación progresista.

En esta situación, no es lo más racional combatir el arrendamiento, como lo intentan infructuosamente leyes recientes de irri- tante parcialidad, que no mejoran la situación del locatario, ni incitan a su estabilidad, sino que, insensiblemente, conducen a una explotación capitalista de funestas consecuencias sociales. Si el arrendamiento es de recíproca conveniencia, se debe propender al buen entendimiento de las partes, estimulando al propietario en el cumplimiento de una función social, de apoyo material y de asesoramiento técnico, y al arrendatario, a que ponga empeño en el perfeccionamiento de sus métodos de trabajo. Es esa la tendencia de los más recientes proyectos de legislación inglesa y americana, algunos sancionados y experimentados en la práctica con los mejores resultados. En Estados Unidos, el 80 % de los contratos de locación son simplemente verbales.

Es curioso observar, pero los países que más sacrificios han hecho para facilitar la propiedad del suelo, son los que en los últimos años han visto aumentar el número de arrendatarios. En Estados Unidos el número de éstos en 1930, era el 38 %, que ya marca un notable aumento sobre los años anteriores, ascendió en 1935 al 40 % y aunque en 1940 se ha notado una ligera disminución es debido a que muchos arrendatarios ingresaron al gremio de los asalariados. Es frecuente que cuando el arrendatario tiene estabilidad, no le interesa mayormente inmovilizar capital en la adquisición de la propiedad, pues le rinde más aplicarlo en la producción. A los ahorros prefiere darles otro destino. En donde estas tendencias han sido estudiadas y reconocidas las causas ingobernables que las provocan, se han preocupado de evitar la inestabilidad, armonizando intereses y fomentando tipos de explotación que mejora el rendimiento.

En el contrato de arrendamiento, debe existir: 1º Estímulos para que el propietario aporte mejoras y asesoramientos que digni-

fiquen la vida y aumenten la producción; 2º Garantías para que el suelo sea trabajado eficiente y honestamente; 3º Elasticidad para orientar la producción comercialmente; 4º Que mancomunadas las partes, puedan utilizar con moderación, los créditos que facilitan las operaciones de interés común.

El arrendamiento afecta como lo vemos en las estadísticas a la mayoría de los agricultores que lo adoptan ya sea por acto voluntario o por la imposibilidad de ser propietario. No es posible entonces, combatirlo ciegamente. Lo lógico es preocuparnos de darle una orientación con propósitos de estabilidad y de tranquilidad social, respetando el derecho de propiedad, cuyas ventajas han sido reconocidas después de terribles experiencias, aun por los gobiernos más avanzados.

Cuando los propietarios no desempeñan la función social que les corresponde, y sólo se preocupan del aspecto rentístico, no es el intermediario individualista que debe reemplazarlo, sino que debieran actuar las cooperativas de los mismos agricultores, únicamente organizados para inspirar la confianza que requiere la seguridad del pago, y con la disciplina necesaria para que los componentes cumplan con eficiencia sus deberes de productores rurales. No sería extraño que en el reajuste económico mundial que se prevee, los países agrícolas recuperen su libertad de acción, y en ese caso, no se debe dejar librado nada a la improvisación.

Los métodos de estudios sociales y económicos, realizados a base de experiencia universal, son bastante completos como para abandonar el terreno de la improvisación o cálculo y con los sistemas de investigación que aconsejan, recoger la información que nos permita orientar sobre bases serias, una sana y firme política agraria argentina.

TIERRA FISCAL

Deben actualizarse las leyes de tierra fiscal, para no desprenderse de las que están en poder del Estado, sino con la certeza de llenar cumplidamente su función. Habrá que planear, previos estudios, las obras que, con tiempo, podrán ejecutarse para aumentar la población eficiente. No olvidemos que existen regiones boscosas, tierras de regadío, médanos a fijarse vegetativamente con perspectivas de valorización industrial, extensiones grandes de tierras limosas, que con capital y un plan orgánico de endicamientos, se convertirían en verdaderos vergeles a las puertas de grandes centros de consumo, y con capacidad para recibir una nutrida población. La guerra interrumpió un ensayo, contratado por el Gobierno de Bue-

nos Aires en 1939, con una empresa holandesa, la misma que ganó y aprovechó los terrenos conquistados al mar en Zuidersee, empresa que con el auspicio decidido de un gobierno, buscaba salida al excedente de la magnífica población rural holandesa, con ahorros que no tiene en su tierra dónde invertirlos en ejercicio de una profesión remotamente tradicional. Algunos, con equivocado criterio de exagerado y cerrado nacionalismo, se oponen a estas inmigraciones. Debemos aumentar la población seleccionándola. Somos todavía demasiado pocos para explotar riquezas codiciadas, y los buenos inmigrantes, lejos de perjudicarnos, colaborarán en la obra común de civilizar la patria, conservando inalterables nuestras virtudes ancestrales.

Los países sudamericanos estamos retardados en el desarrollo económico de nuestra virtual potencialidad. Sin darnos cuenta, perdemos riquezas que después es costoso recuperar. El caucho, que revolucionó la industria de los transportes, planta originaria del Brasil, fué llevada a islas del continente asiático y cultivada allí, aventajó comercialmente a las que con espontaneidad producían las selvas vírgenes. Ha sido necesario el cataclismo europeo y las competencias internacionales para que vuelvan a ponerse en actividad, regiones autóctonas, paralizadas en su fugaz iniciación. Entre nosotros el quebracho merece especial atención. Sin estar bien estudiadas todas sus aplicaciones industriales, se están talando regiones enteras para explotar el tanino, durmientes, postes, leña, sin hacerse la reforestación correspondiente. Como necesita 100 años para desarrollarse el árbol, egoístamente resolvemos el problema, suprimiendo una riqueza todavía desconocida, y aumentando al infinito la excesiva superficie de tierras de pan llevar. Pero los que en el comercio se interesan por la obtención del tanino, han encontrado en Africa un árbol, el "Wattle" que sólo requiere 9 años para su madurez, y por consiguiente, es sencilla la reforestación. ¿No debíamos prestar atención a este asunto y por lo menos enterarnos del plazo que requiere para terminar su cometido la organizada devastación, o intentar de ensayar el cultivo del árbol africano que nos sale a competir? Lo mismo sucede con otras especies arbóreas típicamente argentinas y de positivo valor industrial, que se están extinguiendo con una despiadada devastación. Es prudente aprovechar la experiencia de Estados Unidos, que después de más de 100 años que se iniciaron los desmontes en los valles del Tennessee se ha visto obligado, para restablecer la climatología y los cursos de agua desaparecidos, a reforestar, recurriendo a onerosas expropiaciones y a la inversión de inmensos capitales, por cierto con el previsor criterio de aprovechar la oportunidad, para planear una organización en la que, se coordinan con inteligencia,

los intereses económicos y sociales, con la tendencia a desarrollar la industria de tipo familiar, que utilice la materia prima local y donde las personas vivan en un ambiente rural, rodeadas de las comodidades que justamente corresponde. La guerra ha hecho desviar la atención de este plan de organización social y económico, en el que sólo intervienen la ciencia, la experiencia y la capacidad, y en el que se llevan gastados ingentes millones de dólares.

CONCLUSIONES

La situación universal impone que abordemos los propios problemas, abandonando ideas prestadas, prevenciones, y utilizando, en las condiciones más liberales posibles, los factores que son indispensables para poner en valor riquezas que no se pueden dejar inertes. A mi juicio, es urgente una mejor distribución de la población, que no sean las ciudades las que gobiernen el territorio, preocupándose de sus intereses y olvidando los del campo, que son fundamentales para el progreso argentino.

En los grandes países, no obstante la guerra, han confiado a expertos el trazado de un programa de reorganización rural. Entre nosotros bastaría que el Consejo Agrario Nacional, constituido por personas que han demostrado competencia, se les ampliara las facultades para intervenir, con el ejemplo de la colonia fiscal, en una acción orientadora de la iniciativa privada y estudiando el destino racional de la tierra fiscal.

El estudio de un plan integral tendría por principal objeto, dar al campo los elementos de trabajo y de cultivo de que carece, y que determinan la necesidad de su abandono por todos aquellos jóvenes que buscan porvenir.

El amor al campo es innato en la naturaleza humana. Los domingos y feriados, innumerables "turistas", utilizando los más heterogéneos medios de transporte, cruzan los suburbios urbanos, buscando la sombra de un árbol, o la orilla de un río, para tender sobre el verde la merienda amistosa o familiar. Traen sus provisiones de la ciudad. El campesino, directamente, ni siquiera con este consumo se beneficia. Se lo impiden las leyes fiscales o las llamadas de protección social.

El resto de la semana, la corriente es la opuesta. Llegan a la ciudad todos los transportes de carga repletos de productos rurales, obtenidos con sudorosos afanes y cuyos precios se le regatean, sin tener en cuenta, muchas veces, la repercusión que tienen en el presupuesto del tamborero, del agricultor, del hortelano, o del estanciero progresista. Razones poderosas de equilibrio nacio-

nal reclaman con urgencia, una orientación más panorámica y menos centralista, en la que estamos sumergidos por una ideología exageradamente urbanística.

Señores: Al terminar el anterior conflicto europeo quedaron flotando en el ambiente problemas y la promesa de encararlos con valentía, especialmente los relacionados con la injusta distribución de los productos, en un mundo famélico. Se habían cavado abismos entre el campo que obedecía y la ciudad que mandaba. Era visible la hostilidad. Recuerdo que el automóvil en que viajábamos en el Viejo Continente, era constantemente agredido. Fuimos por eso muy sorprendidos, cuando en el camino, obligados a descender, una chiquita rubia, descalza y mal vestida, se nos acercó sonriendo tendiéndonos generosamente con su pequeña mano, una hermosísima manzana que acababa de arrancar del árbol. El encono no había llegado, por cierto, hasta la pureza de su corazón.

Hagamos el máximo esfuerzo para que de la juventud argentina, de praderas y de trigales, no desaparezca la sonrisa, ni se esfume la esperanza de dorados horizontes.

Tenemos un problema de vastas y complejas proporciones que está urgiendo su contemplación. Que los hombres habilitados, iluminados por el patriotismo, lo aborden con decisión y así los incorporaremos, en el reconocimiento público, al lado de los grandes gestores de nuestra independencia y de nuestra nacionalidad.